

STATEN ISLAND

Arthur Nersesian

Staten Island

Traducción de Pablo Cañamares
revisada por Juan Antonio Montiel

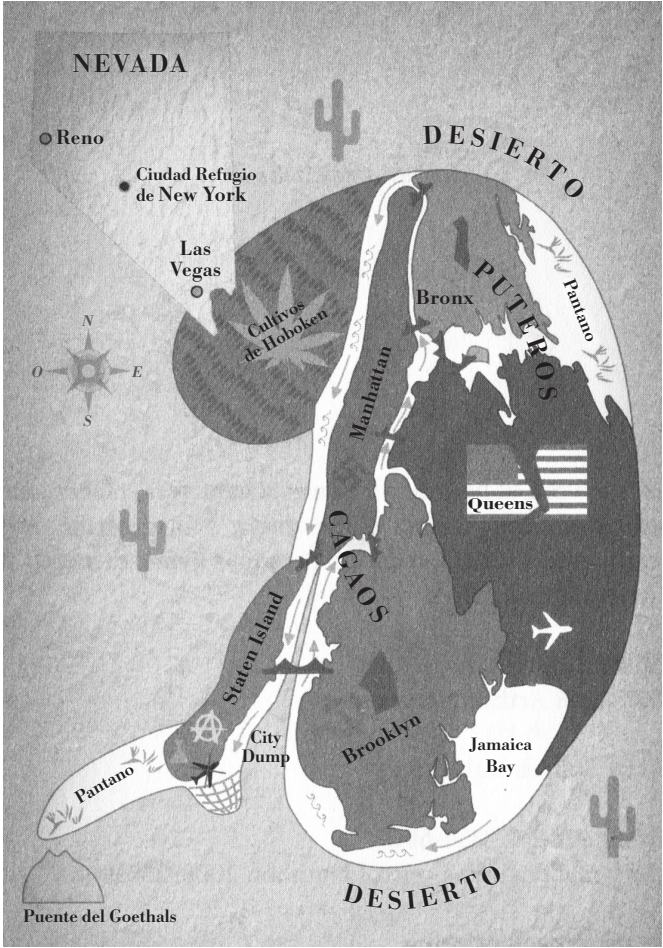


ALPHA DECAY

A Margarita Shalina

... y observad la tierra cómo es, y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, si poco o numeroso; cómo es la tierra habitada, si es buena o mala; y cómo son las ciudades habitadas, si son campamentos o plazas fortificadas; y cómo es el terreno, si es fértil o estéril, si en él hay árboles o no; y esforzaos, y tomad del fruto del país.

Números 13, 18-20



«Ir andando hasta Suthpin Boulevard... (Mañana soleada.) Coger el autobús Q28 hasta Fulton Street... (Almacenes.) Cambiar al B17 e ir hasta el East Village, en Manhattan... (Aparcamientos para camiones, vacíos.) Esperar frente a la puerta de Cooper Union... (Nada.) ... a que llegue Dropt. (Nadie.) Dispararle una sola vez, en la cabeza... (¿A quién? ¿Dónde estoy?) Entonces coger un taxi, volver al aeropuerto y coger el siguiente vuelo...»

Sus pensamientos comenzaban a filtrarse en aquella letanía interminable: *«Ir andando hasta Suthpin Boulevard, coger el autobús Q28 hasta Fulton Street, cambiar al B17 e ir hasta el East Village, en Manhattan. Esperar frente a la puerta de Cooper Union a que llegue Dropt. Dispararle una sola vez, en la cabeza. Entonces coger un taxi, volver al aeropuerto...»*.

Uli no podía parar de repetirla. De hecho, ni siquiera se había dado cuenta de que lo hacía en voz alta. Acababa de abandonar el aeropuerto John F. Kennedy y avanzaba como un sonámbulo por Rockaway Boulevard, en Queens.

Un dolor repentino le obligó a mirar al suelo: una rata grande y peluda estaba mordiéndolo; no, más bien era un minúsculo perro huesudo que intentaba hincarle el diente. Uli se lo sacó de encima. Se le ocurrió que podía coger un taxi, pero sus pensamientos

le ordenaron que no lo hiciera: *«Ir andando hasta Suthpin Boulevard, coger el autobús Q28 hasta Fulton Street, cambiar al B17 e ir hasta el East Village, en Manhattan... hasta que llegue Dropt... en la cabeza. Luego coger un taxi... Ir andando hasta Suthpin...»*.

Avanzó por la avenida desierta y de pronto volvió a notarlo: con toda parsimonia, el caniche intentaba comerse una de sus piernas. Uli no se detuvo, dio al perrito una patada y éste se alejó gimiendo. Cuando alzó la vista, por poco se dio de bruces con un poste de madera que ostentaba tres flechas, cada una apuntando en una dirección diferente: Woodhaven Boulevard, Atlantic Avenue y Suthpin Boulevard.

«Ir andando hasta Suthpin Boulevard, coger el autobús Q28 hasta Fulton Street...»

En ese momento se acordó de que había sido un hombre de pelo blanco y con un perrito marrón el que le había dado esas instrucciones: la letanía.

Dobló la esquina y descubrió algo extraño: media manzana más allá, al otro lado de la calle (que estaba cubierta de arena), había una plataforma de madera de unos dos metros de altura a la que se accedía por una escalera del mismo material: parecía un embarcadero en plena tierra firme. En la base de la estructura estaba sentada una mujer bastante atractiva, de mediana edad, con pelo corto y gafas de sol naranjas. Escribía en un libro tan grande como una guía de teléfonos, incómodamente apoyada contra uno de los postes. Cuando se acercó, Uli descubrió que aquella mujer llevaba consigo un perrito con las orejas y las patas traseras extrañamente largas.

—¡Corre! —oyó gritar a una voz que venía de ninguna parte. Algo andaba mal. Entre otras cosas, tenía la garganta seca y la camisa empapada de sudor. Dedujo que debía de haber alguna droga corriendo por sus venas, algo que ralentizaba sus pensamientos e inhibía su reflejo de huida.

De pronto, a cien metros de allí, una furiosa jauría de perros salió de detrás de un almacén y empezó a perseguirle.

Sus zapatos se hundían y resbalaban en la arena que cubría la calle. De algún modo comprendió que la plataforma de madera era la parada del autobús Q28.

La mujer se le quedó mirando. Lanzó el enorme documento a la plataforma, metió el extraño perro en el bolso y comenzó a subir la escalera. Su trasero se interpuso en la frenética huida de Uli, que a duras penas consiguió encaramarse a la estructura agarrándose a un anuncio que decía: «**TODOS X SHUB**» en el mismo momento en que un dóberman lanzaba una dentellada. Se sentó en el andamio de madera, jadeante. El enorme perro trepó los dos primeros travesaños de la escalera, pero no pudo ir más allá.

—Son... más rápidos... de lo que parecen... —dijo Uli, recuperando el aliento. Abajo, los perros ladraban y seguían intentando morderlo.

La mujer le ignoró y continuó escribiendo en su enorme documento. Uli notó que la mascota que llevaba consigo no era precisamente un perro.

—¿De dónde has sacado ese walabí? —preguntó, observando el marsupial de grandes ojos que lo miraba desde el bolso.

–Lo encontré en la carretera, al lado de su madre muerta. La había atropellado un coche –respondió ella, momentos más tarde, sin dejar de escribir.

–Perdona, no recuerdo cómo dijiste que te llamabas.

–No quiero parecer grosera –dijo ella–. Sé que intentas ser amistoso, pero tengo mucho trabajo que hacer antes de que el día termine.

Media hora más tarde, Uli comenzó a preguntarse cuánto tiempo tendría que quedarse en esa plataforma de contrachapado, poco más grande que una mesa de cocina, en compañía de una bruja antisocial y su canguro huérfano.

–Perdona que te moleste, pero necesito estar seguro de que el autobús Q28 para aquí.

–Aquí para una docena de autobuses, más pronto o más tarde. El problema es que todos tardan una eternidad, y como seguramente sabes ésta es una de las zonas más peligrosas de la ciudad. Yo en tu lugar, me subiría al primer autobús que pasara y haría transbordo en una zona más concurrida –dijo ella, e inmediatamente volvió a concentrarse en su documento.

Durante la hora siguiente, cada vez que Uli echaba una mirada la veía escribiendo en su enorme cuaderno, leyendo, revisando, haciendo anotaciones. Lo peor del silencio era que la letanía *Ir andando hasta Suthpin* no dejaba de sonar en su cabeza.

–¿Puedo preguntar qué estás haciendo? –dijo finalmente.

–Relleno impresos.

–Acabo de llegar, así que no me entero de mucho.

–¿Acabas de llegar, ahora mismo?

–Eso parece, no me acuerdo de nada. ¿Qué son esos impresos?

–Bueno, a ver... aquí hay dos partidos políticos, dos bandas principales: los Puteros, que controlan el Bronx y Queens, y los Cagaos, que controlan Manhattan y Brooklyn. Ellos son los que mandan aquí.

–¿Pero qué clase de partido puede llamarse «Puteros» o «Cagaos»?

–Al principio, el de los Puteros se llamaba Partido Lagenteprimerista y el de los Cagaos era el Creadosigualista. Pero con el tiempo los nombres se corrompieron, ya te imaginarás. En fin –continuó sin apenas levantar la vista de su enorme documento–, yo sólo me encargo de cuestiones administrativas.

–¿De qué, exactamente?

Resopló, y luego dijo:

–Soy miembro de la Comisión 9 de Noviembre Contra el Fraude Electoral. Este documento de aquí indica el número, modelo, disponibilidad y calidad de las cabinas y el material necesario en un colegio electoral. Mi misión es inspeccionar las dos docenas de distritos electorales del este de Queens para las elecciones a la alcaldía y a la presidencia que van a celebrarse la semana que viene, cosa que acabo de hacer. Si no completo el informe y lo envío antes de las tres de la tarde de mañana, el partido de los Cagaos perderá cualquier derecho a apelar. ¿Alguna otra pregunta? –Nada de lo que la mujer había dicho tenía ningún sentido para él, pero negó con la cabeza, nervioso–. Si parezco un poco brusca –añadió ella– es porque

hasta hace hora y media tenía un coche y un guarda-espaldas.

—¿Y qué fue de ellos?

—No tengo idea. Entré en el colegio electoral de Howard Beach apenas cinco minutos, y cuando salí habían desaparecido. No estoy del mejor humor.

De repente, la cría de walabí saltó de la bolsa y fue a caer a la calle, casi dos metros más abajo.

—¡Mierda! —exclamó ella. Un gran dóberman había atrapado al animalito entre sus fauces. Sin pensarlo dos veces, la mujer saltó de la plataforma—. ¡Suéltalo, hijo de puta! —gritó, agarrando fuertemente al canguro por las patitas.

Un enorme rottweiler estaba a punto de saltar sobre ella, pero Uli se dejó caer directamente sobre el ancho espinazo del perro, lo que aturdió al animal. Sacó la pequeña pistola de empuñadura roja que le había dado el hombre del aeropuerto y disparó al perro en la cabeza. La detonación hizo respingar a la mujer, que cogió al traumatizado marsupial y buscó volver a subir a la plataforma. Un pastor alemán se lanzó hacia ella. Uli intentó matarlo también, pero no le quedaban balas, de modo que tiró el arma, cogió al animal por el morro y utilizó su propio impulso para lanzarlo al otro lado de la calle. Algunos perros más pequeños ladraban, al tiempo que tocaban retirada.

—¿Dónde coño aprendiste a hacer eso? —preguntó la mujer mientras subían a la plataforma.

—No tengo ni idea.

—Me sueñas de algo —dijo ella, examinándolo de cerca por primera vez—. ¿De dónde vienes?

–Del aeropuerto –respondió él, y añadió distraído–: me han dicho que vaya andando hasta Suthpin Boulevard, que coja el autobús Q28 hasta Fulton Street, que cambie luego al B17 y vaya hasta el East Village, en Manhattan. Una vez allí, tengo que esperar frente a la puerta de Cooper Union hasta que llegue Dropt. He de dispararle en la cabeza y entonces, en un taxi, volver al aeropuerto...

–¿Es una broma? –replicó ella bruscamente–. Un asesino disparó a mi marido: quedó tetrapléjico.

–No tengo ni idea de quién soy o de qué estoy haciendo aquí –replicó Uli, tenso.

–Me resultas familiar –dijo ella–. No tendrás una hermana, ¿no?

–Aparte de la letanía que te he recitado, lo único que recuerdo es haber estado en un avión de carga... O quizá fuese un sueño...

–No, seguramente viniste en uno de esos aviones sin piloto. Aterrizan aquí varias veces al día. Dejan suministros y despegan de nuevo, ¿ves? –dijo, y señaló a un avión que les sobrevolaba.

–Me acuerdo vagamente de un tío gordo de pelo blanco y voz aguda.

–Seguramente era Underwood. Es el comisario de intendencia de Shub. Lo más probable es que te encontrara en uno de los aviones sin piloto y te hipnotizara para que asesinaras a alguien.

Aún aturdido, Uli se puso a examinar los documentos documentos que ella seguía rellenando cuidadosamente. Como la propia mujer le había dicho habían referencia a alguna clase de material electoral:

DISTRITO ELECTORAL
DE KEW GARDENS

23.631 votantes inscritos

EQUIPO

Tinta para huellas dactilares:

sí no

¿Cuánta?_____

Cartillas de voto:

sí no

¿Cuántas?_____

Máquinas para perforar las cartillas:

sí no

¿Cuántas?_____

Firma del inspector

-982-

La mujer marcó varias cruces en las casillas correspondientes y escribió algunos números. Luego firmó: «Mallory».

Uli la miró atentamente, pero después levantó la cabeza y dejó su vista vagar por las montañas que se alzaban a lo lejos.

-No recordaba que el aeropuerto John F. Kennedy estuviese cerca de una sierra -comentó.

-Son los montes Nogales, y esto es Nevada, la primera Ciudad Refugio. Estamos en territorio federal.

-Pensaba que estábamos en Queens.

-Sí, en Queens, Nevada. De hecho, casi en Brooklyn -dijo ella, quitándose las gafas de sol.

—¿Nevada? ¿Desde cuándo hay un Queens en Nevada?

—Primero, el ejército dividió el desierto de Nevada en sectores y cada uno recibió un número. Creo recordar que la ciudad se compone de los sectores que van desde el 41 hasta el 51. —La mujer se quitó la peluca que llevaba y la guardó en el bolso, luego se secó el sudor de la frente y el cuello—. Comenzaron a construir este lugar durante la última Guerra Mundial y lo acabaron durante la Guerra Fría. En la ciudad había siete u ocho zonas de práctica de tiro. No fue construida para ser habitada, sino para el entrenamiento de los soldados y los pilotos. Por eso verás agujeros de bala y de bomba por todos lados...

Uli miró distraído por encima del hombro de la mujer y de pronto vio una nube de polvo en el horizonte.

—¿Es un autobús, Mallory?

—¿Cómo sabes cómo me llamo? —preguntó ella sorprendida.

—Te he visto firmar en el libro.

—Hazme un gran favor y no vuelvas a decir mi nombre en voz alta: no soy muy popular en este barrio.

—¿Por qué?

—Es una larga historia. Yo fui miembro del Consejo Municipal...

Según se acercaba el autobús, Uli advirtió que todas las ventanillas, parabrisas incluido, estaban protegidas por una red metálica. Parecía una jaula sobre ruedas con unos cuantos brazos que salían de las ventanas y se agarraban al techo.

–¡Mierda! –masculló Mallory.

–¿Qué pasa?

–De todos los autobuses, éste es el que me deja más lejos del lugar adonde voy.

–¿Y entonces por qué subes?

–Porque quién sabe cuánto tendría que esperar hasta que viniera el siguiente.

Nervioso, Uli hizo señales al vehículo. Los perros volvieron a ladrar y a lanzar dentelladas. El autobús se abalanzó directamente sobre ellos, pillándolos por sorpresa: casi aplastó a uno de los más grandes. Se escabulleron sin dejar de ladrar furiosamente.

El autobús abrió las puertas.

–¿Estáis bien? –preguntó el conductor, un mulo enorme al que le faltaba un brazo.

–Ahora sí –contestó Mallory dando un suspiro.

10.52 horas

–¿Adónde vais? –preguntó el conductor.

–Ir andando hasta Suthpin Boulevard –dijo Uli con calma–. Autobús Q28 hasta Fulton Street...

–Vale, estás en el autobús correcto.

–... cambiar al B17 e ir hasta el East Village, en Manhattan. Esperar ante la puerta de Cooper Union hasta que llegue Dropt. Dispararle en la cabeza...

–Oye, no me cuentes tu vida –lo interrumpió el conductor, acelerando. Un cartel escrito a mano decía «1/16». En su bolsillo, Uli encontró un trozo de papel rectangular que no tenía ni un número ni la cara de

algún personaje de la historia. Decía, sin más: «UNA CARTILLA DE RACIONAMIENTO». Uli se lo dio al conductor y éste le devolvió el cambio: quince trozos perfectamente cortados de otra cartilla.

El resto del pasaje se componía de dos hombres, uno delgado y calvo y el otro con el pelo espeso y rizado, además de una mujer. Todos sacaban un brazo por la ventanilla.

—¿Y a éstos qué les pasa? —preguntó Uli al conductor.

—El panel solar del techo está suelto.

—¿El autobús funciona con células fotoeléctricas?

—Aquí todos los vehículos funcionan con placas solares. Si se nos cae la del techo no tendremos electricidad, y se acabó el viaje.

Mallory se sentó detrás del conductor y volvió a su documento. Uli ocupó una plaza en la parte trasera y sacó un brazo por la ventana, como los demás. Tanteando, encontró el panel solar, que se movía, y lo sujetó.

—¿Qué hay? —dijo el pasajero delgado. Era bizco. Llevaba en la mano lo que parecía ser un detector de minas de la Segunda Guerra Mundial y un cubo oxidado entre las piernas—. Me llamo Jim Carnival; ésta es mi mujer, Mary, y nuestro chico, Oric. —La mujer parecía algo más joven, pero su voluminoso «hijo» aparentaba la misma edad que el padre. Uli vio que entre el pelo rizado, en la parte posterior del cráneo, le sobresalía una pequeña cruz metálica. Intentó no mirar.

—¿No es usted la antigua primera dama? —gritó el hombre a Mallory, que hundió la cabeza en su docu-

mento, molesta—. Despreocúpese: no diremos nada. Yo trabajé brevemente con su marido.

Mallory asintió sin dejar de escribir frenéticamente.

—¿Y tú de dónde vienes, colega? —preguntó Carnival a Uli.

—De Nueva York, creo. Acabo de llegar. —Cada vez que intentaba recordar algo, lo único que le venía a la mente era: «*Ir andando hasta Suthpin Boulevard, autobús Q28 hasta Fulton Street, cambiar al B17...*».

—Espera —dijo el hombre—. ¿Quieres decir que acabas de llegar del viejo Nueva York?

—Eso creo. Estoy bastante desorientado.

—Tu cara me suena de algo —dijo la mujer. Uli se encogió de hombros.

—¡Nueve en Howard Beach! —gritó el supuesto hijo de la pareja, sin razón aparente.

Entre la basura que cubría por completo el suelo del autobús, Uli vio un periódico: *The Daily Posted New York Times*. Lo recogió, y empezó a hojear los artículos hasta detenerse en la última página, donde podía leerse: «Balance Semanal de la Policía». Debajo, un subtítulo rezaba: «Coche bomba: 4». No se daban detalles, ni siquiera los nombres de las víctimas; se trataba de una mera descripción de las consecuencias de los terribles atentados: un coche había estallado en Little Concourse, en el Bronx, dejando veintinueve víctimas mortales y cincuenta y cuatro heridos. Se sospechaba de un antiguo miembro del Comité Coordinador Estudiantil No Violento. Un segundo coche bomba había hecho explosión en el Upper West Side,

con treinta y cuatro víctimas mortales y doce heridos. Un tercero, en Brighton Beach, cuatro víctimas mortales, dieciocho heridos. El último había sido detonado cerca del edificio Chrysler, en Queens: seis muertos, trece heridos.

La sección «Crímenes Convencionales» ofrecía algunos pormenores. Cinco supuestos miembros del Frente Armado de Liberación Nacional habían muerto mientras estaban detenidos en la comisaría de Morristania, en el Bronx. Siete miembros de una familia habían sido asesinados durante el allanamiento de su morada, en Astoria, Queens. Uno de ellos tenía vínculos con los Cachorros Negros, un grupo disidente de los Osos Negros, que a su vez se habían escindido de los Panteras Negras. En Staten Island había sido robado un coche solar. El conductor, un conocido miembro de la BMT, había sido asesinado. En Sheepshead Bay, Brooklyn, diez ancianos habían muerto cuando su residencia se incendió. Se sospechaba que podían ser recaudadores de fondos del Ejército 29 de Marzo. Seis supuestos miembros del Ejército Simbionés de Liberación habían sido acribillados durante un concierto en Bed-Stuy, Brooklyn. En un club Cagao de Boerum Hill, Brooklyn, se había producido toda una masacre: veinticinco muertos.

Más abajo, Uli leyó:

RESULTADOS ELECTORALES
SEMANALES

MANHATTAN:

Distritos Puteros: 1
Distritos Cagaos: 9
Sin cambios desde los últimos comicios.

STATEN ISLAND:

Distritos Puteros: 0
Distritos Cagaos: 0
Distritos Independientes (Liga Verde): 10
Sin cambios desde los últimos comicios.

EL BRONX:

Distritos Puteros: 9
Distritos Cagaos: 1
Sin cambios desde los últimos comicios.

BROOKLYN:

Distritos Puteros: 3
Distritos Cagaos: 17
Sin cambios desde los últimos comicios.

QUEENS:

Fresh Meadows (Cagaos) invadido.

2.345 Cagaos, 3.392 Puteros

Vencedores: Puteros
Concejal saliente: Diana McNair (C)

Concejal entrante: Abraham Hodges (P)

Hillcrest (Putero) invadido.

6.331 Cagaos, 6.323 Puteros

Vencedores: Cagaos
Concejal saliente: Larry Mahonney (P)

Concejal entrante: Earl Grims (C)

Distritos Puteros: 18

Distritos Cagaos: 2

Dos cambios desde los últimos comicios.

—Es fantástico ver cómo las comunidades se defienden de las bandas invasoras, al menos de vez en cuan-

do –comentó Carnival, mirando el periódico por encima del hombro de Uli.

–Estas invasiones ocurren cada semana, ¿no? –preguntó éste.

–Es lo mismo que con los coches bomba. Cuando ellos ponen uno, nosotros ponemos otro.

–¿Y quiénes son «nosotros»?

–Éste es territorio Cagao y nosotros somos Cagaos –declaró Carnival con orgullo.

–Eso lo serás tú –murmuró su mujer.

–¡Eh! ¡Que perdemos el panel! –gritó el conductor.

Uli apretó el panel solar con más fuerza contra el techo, mientras observaba por la ventana el desolado paisaje urbano. Lejos, a la orilla de un lago, podía verse una serie de edificios altos de color marrón. Había largas filas de personas vestidas de traje que montaban en diversos autobuses.

–Esos de ahí, en Howard Beach, son los Pajilleros Puros –dijo Carnival–. No te los recomiendo.

–¿Pajilleros Puros?

–Se llaman Pluralidad Puer-Il, y son lo único bueno que tiene esta ciudad de mierda –respondió su mujer–. Esos edificios son un santuario de la unidad familiar.

Carnival negó con la cabeza, disgustado. Era evidente que aquellos dos no estaban de acuerdo entre sí.

El autobús dobló una esquina y pasó cerca de una serie de edificios de los que colgaban sendas bolsas de basura. Para sorpresa de Uli, en una de las calles ha-

bía un dromedario que alargaba el cuello para intentar comer de una de las bolsas.

–Creían que si soltaban a estos animales del desierto nos volveríamos todos más amables –dijo Carnival–. Lo único que consiguieron fue cubrir la ciudad de caca.

Algunos de los edificios estaban a todas luces abandonados, cubiertos de toscos esbozos de rostros masculinos. Bajo cada rostro se leía la fecha de nacimiento y de muerte y breves epitafios como «Héroe Cagao», o «Mató a ocho Puteros». Uli se dio cuenta de que muy pocos de ellos habían alcanzado los veinte años. El barrio, semiabandonado, era como un gran cementerio: los edificios a medio derruir y los torpes retratos servían de lápidas.

–Flatlands –anunció el conductor cuando entraron en lo que parecía ser un barrio distinto.

En aquella zona podía verse una fila de edificios de apartamentos de cuatro pisos, con tiendas en la planta baja; los locales comerciales parecían haber sido convertidos en improvisadas fortificaciones. Entre los distintos edificios había garajes construidos de cualquier forma, generalmente simples techos de chapa sostenidos por muros de ladrillos.

–¡Corrección: nueve en Howard Beach! –gritó Oric, el hombre con la mente de niño, mientras se mecía adelante y atrás.

El autobús pasó por un bache y el detector de minas de Carnival se deslizó encima de Uli, que logró sujetarlo antes de que le partiera la crisma. El detector emitió un largo *bip*.

Uli devolvió el aparato a su dueño, que lo miró con

extrañeza y volvió a acercarle el detector. La máquina pitó otra vez.

–¿Tienes algún trato con la gente de la CIA?

–¿Cómo que un trato?

–Tienes un implante electrónico en el cráneo.

–Seguramente lo insertó Underwood –intervino

Mallory.

–¿De qué estáis hablando?

–¡Veintidós en Greenpoint! –gritó Oric.

–Significa que alguien sigue todos tus movimientos –respondió Carnival–. Ve al cuartel general Cagao en Manhattan. Si alguien puede sacarte esa cosa de la cabeza son ellos.

Uli agradeció el consejo a Carnival y le preguntó de dónde venían él y su familia.

–De Rockaway Beach –dijo Carnival–. Mi mujer y yo nos conocimos en Rockaway cuando éramos niños. En el antiguo Nueva York, claro.

–¡Corrección! ¡Seis en Rockaway, veintidós en Greenpoint! ¡Corrección!

–¿De qué narices habla? –preguntó Uli.

–Tú ni caso –respondió Carnival–. No está muy bien de la sesera, pero mi mujer y yo lo queremos aún más por ello.

–¿Y qué hacían en Rockaway? –preguntó Uli.

–Buscar almejas. –El hombre levantó el cubo y enseñó un montón de balas oxidadas y cubiertas de arena–. Estas almejas valen dinero. Muchas se quedaron ahí enterradas durante los entrenamientos de los paracaidistas, hace años.

–¿Y también tienen pistolas?

–Todo el mundo dispone de armas, pero a nadie le queda munición. Por eso las balas son tan caras. Nos dan entre cinco y diez cartillas por cada una.

La conversación se vio interrumpida por culpa del conductor, que gritó por la ventanilla:

–¡Quítate de ahí, gilipollas!

Un vehículo pasaba por delante de ellos, frenando. El conductor manco llevó el autobús a una acera vacía y adelantó al coche. Mientras los rebasaban, Uli vio a un hombre de aspecto extraño.

–¡Cabrón! –gritó el conductor.

–¿Qué pasa? –preguntó Uli.

–Nada, un cabrón que intenta asaltarnos.

Uli oyó al tipo del coche, que vociferaba:

–¡Devolvedlo y no os pasará nada!

–¿Cuánto han avanzado en la limpieza? –preguntó Carnival.

–¿Limpieza? –se extrañó Uli, confundido una vez más. Su interlocutor se puso a hablar sobre la operación de limpieza y Uli vio claramente al hombre que los perseguía. Llevaba perilla, y el pelo de otra manera, pero por lo demás se parecía muchísimo a Oric.

–De un modo u otro –decía Carnival– volveré al viejo Nueva York.

De repente, el coche embistió el guardabarros trasero del autobús. El impacto provocó que Mallory cayera al suelo con todo y su enorme documento.

–¡Cuidado, va armado! –gritó la mujer de Carnival, que había visto al conductor del coche sacar algo por la ventanilla. Una bala atravesó la luna trasera y el techo del autobús.

–¡Este cabrón quiere matarnos! –exclamó Carnival, asiendo su detector de minas con las dos manos como si fuera un rifle.

–¡Atención, agarren bien el panel! –ordenó el conductor. Todos le obedecieron enseguida.

Sin frenar, el autobús dio un pronunciado giro a la izquierda y continuó avanzando por las calles cubiertas de arena de King's Highway. Todos los edificios del lado norte estaban blanqueados por el sol, mientras que los del lado sur parecían carbonizados.

–¡Mierda! –gritó el manco, mirando por el retrovisor–. ¡Este cabrón va en serio, no se rinde!

Oric se echó a llorar. Uli intentó calmar los ánimos preguntando algo a Carnival.

–¿Cómo planea salir de este lugar?

–Estoy atrapado aquí, igual que tú –respondió, mirando por la ventana.

–Pues acaba de decir que piensa volver al viejo Nueva York. ¿Cuál es su plan?

–¿He dicho eso?

Mary fulminó a su marido con la mirada.

–Me refería a que ya se acerca el fin de mi proceso de apelación. Lo llaman Programa Puerta de Salida. Tarde o temprano se darán cuenta de que no deberían haberme enviado aquí y me sacarán.

–¿Hay un proceso de apelación? –Uli recordaba vagamente haber rellenado algunos impresos mientras estaba con el hombre de pelo blanco en el aeropuerto.

El coche que los perseguía estaba ya a la altura del autobús, y comenzó a chocar deliberadamente contra

uno de los costados. Los dos vehículos avanzaban en paralelo, embistiéndose y obligándose mutuamente a frenar. La mujer de Carnival saltó de su asiento y fue hasta el manco para ayudarlo con el volante, pero no pareció servir de nada. El autobús perdía velocidad. Pronto tendrían que detenerse.

Nerviosa, Mallory volvió a colocarse la peluca. Después sacó una camisa de franela del bolso y también se la puso.

Entre gritos, la mujer de Carnival sostenía el volante, haciendo chocar el autobús contra el coche. Uli advirtió que el conductor rebuscaba debajo de su asiento y sacaba una botella de vino. Después de quitarle el corcho con los dientes con toda la parsimonia del mundo, usó la mano que le quedaba para introducir un trapo por el cuello de la botella. Encendió un mechero, prendió fuego al trapo y lanzó el objeto por la ventana. Acertó de lleno en el techo del coche.

–¡Agarraos! –gritó, cogiendo fuertemente el volante y pisando el freno. El automóvil salió volando hacia un edificio abandonado. El autobús dobló a la izquierda y escapó.

–Ha faltado poco –masculló Mallory.

–Me pregunto qué querría ese tipo –dijo Uli.

El vehículo enfiló hacia Flatbush Avenue. La arena que cubría el pavimento comenzó a desaparecer. La carretera aún estaba en bastante mal estado, pero el conductor manco esquivaba los baches con gracia y sin tener que frenar. Finalmente, llegaron a Church Avenue, donde comenzaron a observar signos de vida nuevamente.

–Bienvenidos a Nipón York –dijo Carnival con un suspiro.

El barrio estaba lleno de delicadas edificaciones de madera de diferentes alturas, con techos de bambú que imitaban pagodas.

–Esta zona se diseñó como una réplica de Japón: la utilizaban para el entrenamiento de las fuerzas aéreas y el ejército –explicó Carnival.

Aquí y allá podían verse pequeñas tiendas con techos en mansarda: una barbería, un psíquico que echaba el tarot, un vendedor de rasca y gana, un bar de sushi, un estanco... Al girar en un callejón, Uli vio una calle repleta de pequeños restaurantes. Allí, los vendedores trabajaban entre barbacoas humeantes y pequeños hornos de carbón de estilo tradicional. Justo enfrente había una fila de personas haciendo cola en un cine que tenía pinta de haber sido un templo budista alguna vez. No parecían sobrar las letras para la marquesina, así que el dueño había improvisado algo:

4MoR SiN 84RR9R4\$.

11.12 horas

Diez coquetas calles más allá, la agradable arquitectura japonesa quedó atrás, y con ella todo indicio de civilización. Una vez más, calles desiertas y edificios de un estilo frío y adusto. Pronto llegaron a un complejo de grandes edificios medio derrumbados que recordaban la arquitectura soviética de tiempos de Krushev. Las estructuras parecían estar vacías, y muchas de ellas tenían pinta de haber sufrido los estragos de un incendio.

Los seis pasajeros que habían subido en Church Avenue habían bajado ya, de modo que en el autobús sólo quedaban los cinco pasajeros del principio.

–Bienvenido a Borough Park –dijo Mallory–; lo que alguna vez fue una próspera comunidad jasídica.

–¿Sí? ¿Y qué fue lo que ocurrió?

–Hace ocho años era un buen barrio bajo control Putero, antes de que los Cagaos tomaran Brooklyn. Los habitantes de la zona continuaron dando su apoyo al candidato Putero, Moss Leere, y los Cagaos les acosaron hasta que no pudieron aguantar más y terminaron por mudarse a Queens.

El autobús pasó frente a un edificio con una cúpula a medio derruir y una estrella de David en la fachada. Parecía salido de la Rusia zarista. Según Mallory, la sinagoga destruida había sido el centro espiritual del barrio.

–¡Mierda! –gritó de repente el conductor–. ¡Ahí viene otra vez!

Todos se volvieron y lo vieron. La pintura quemada del techo iba dejando una estela de humo mientras el coche ganaba terreno rápidamente. En un intento desesperado de dejarlo atrás, el autobús salió de su ruta y aceleró con dirección al desolado Borough Park, pero su atacante no tardó en estar tan cerca como para arremeter nuevamente contra el parachoques.

–No puedo darle esquinazo –admitió el conductor, mientras intentaba impedir que el coche los adelantara.

–Quizá debiéramos parar y entregar nuestro dinero, o simplemente ver qué quiere –sugirió Uli.

Un ladrillo mantenía en su sitio un asiento roto que Carnival tenía delante; lo cogió, abrió la rejilla que protegía el autobús y arrojó el proyectil hacia el coche. El ladrillo dio de lleno en el panel solar del vehículo, que comenzó a perder velocidad.

—¡Bien hecho! —gritó el conductor del autobús, y giró en la siguiente esquina para recuperar su ruta. No era nada fácil orientarse en aquel laberinto de calles cubiertas de arena y escombros. Pasó por una calle estrecha, aunque despejada, que era más o menos paralela a su trayecto. Avanzó tanto como pudo y luego volvió a girar, pero esta vez un reluciente coche nuevo bloqueaba la vía. Alrededor del vehículo había un grupo de jóvenes más bien corpulentos. El conductor del autobús clavó los frenos e intentó dar la vuelta.

—¡Estamos atrapados! —dijo—. ¡Seguro que estos tíos están compinchados con el del coche!

—No lo creo —respondió Uli. Notó que Mallory escondía a toda prisa el grueso documento y su identificación en el techo del autobús, al lado del panel solar, y añadía un par de lentillas a su extraño disfraz. El conductor no había completado la mitad de la maniobra cuando uno de los del grupo se acercó corriendo al autobús llevando un largo alambre de espino que colocó cerca de las ruedas. El conductor frenó a fondo y el panel solar salió disparado contra el pavimento.

—¡Hostia! —dijo Mallory, cuyo documento también cayó al suelo.

El conductor gruñó, dio marcha atrás y chocó contra un hidrante.

El resto de los jóvenes se acercaron. Sonaron cua-

tro disparos y el autobús perdió varios centímetros de altura: habían disparado a las ruedas.

—¡Soy el oficial Chain! ¡Abrid la puta puerta, somos polis Puteros! —gritó el mayor de los jóvenes, que también era el más gordo, mostrando una insignia dorada. Era rechoncho y calvo, llevaba gafas de montura metálica y una cadena de eslabones cuadrados colgaba de su cuello como si fuera una corbata sin atar. En la frente tenía incrustado un extraño objeto mecánico que Uli no había visto nunca antes, pero que de cerca parecía la mira telescópica de un rifle, aunque plegada.

El conductor del autobús salió primero, después Mallory y Uli, y por último la familia Carnival. Cinco hombretones los rodearon. Llevaban machetes. Un sexto subió al vehículo y comenzó a sacar los objetos que habían quedado abandonados ahí.

—Disculpe la pregunta, si es usted un poli Putero y esto es un barrio Cagao... —comenzó a decir Uli.

—¿«Disculpe la pregunta»? —lo interrumpió Chain—. ¿Quién carajo eres, el puto rey de Siam?

—Es nuevo por aquí —explicó Mary.

Sin decir nada, dos de los jóvenes los pusieron contra el autobús. Oric susurró, nervioso:

—Seis en Rockaway, veintidós en Greenpoint, nueve en Howard Beach.

Uno de los polis, que los registraba por si iban armados, aprovechó para manosear los pechos y la entrepierna de Mallory.

—¿De dónde has sacado el canguro? —le preguntó Chain. Tanto Uli como Carnival se acercaron hacia ella en un gesto protector.

–Lo encontré en la cuneta.

–Me sueñas un huevo –comentó Chain, que se aproximó a Mallory al punto de rozarle el brazo con la cadena.

–No tengo el placer –respondió ella con voz seria.

–¿Cómo te llamas?

–Frances –intervino Carnival, antes de que ella pudiese responder–. Es mi hija.

–¿De qué partido son? –inquirió uno de los hombres.

–No vamos de ningún color –declaró Mallory, como si citara una norma clave y de todos conocida.

–Tiene razón, no tienes derecho a preguntar una mierda –intervino el conductor.

–¿Y tú qué, neoyorquino? –dijo Chain dirigiéndose a Uli y examinándole los ojos con el cuerno telescópico. Uli entendió que el rayo rojo que proyectaba llevó a Uli a pensar que se trataba de un detector de mentiras–. ¿Eres pro vida o pro libre elección?

–No sabe de qué estás hablando –contestó Mallory en su lugar.

Uno de los subordinados se acercó a ella. Uli dio un paso al frente y el joven lo amenazó con su cuchillo. Mallory levantó la mano pidiendo calma.

El jefe puso su cuerno electrónico ante los ojos de Mallory, pero antes de que pudiera preguntar nada, Carnival dio un puñetazo al aparato.

–¡Hijo de puta! –gritó Chain, cubriéndose la frente con las manos.

Otro de los polis apoyó de inmediato su machete contra el cuello de Carnival. Chain manipuló el apa-

rato hasta que la luz roja volvió a encenderse y apuntó el escáner directamente a la cara de Carnival.

–¿Cómo te llamas, gilipollas?

–Chad.

–¿Son tuyos, Chad? –dijo Chain, señalando el cubo y el detector de minas.

–Me los encontré por ahí.

–¿De qué banda sois?

–Somos de partidos diferentes –respondió la mujer de Carnival.

–Pues ya no lo sois –dijo Chain. Hizo un gesto a uno de sus subordinados, que le retorció un brazo a Carnival y se lo puso en la espalda.

–¡Ni se te ocurra tocar a mi marido! –gritó Mary.

–¿O qué?

–¡Fui concejal Putera, gilipollas! –le espetó ella.

Chain le examinó los ojos con el instrumento.

–Mira tú por dónde, resulta que está diciendo la verdad. Bueno, bonita, pues tienes suerte, porque, como sabes, nuestro partido no nos permite dejar viudas o huérfanos.

–La familia debe permanecer unida a cualquier precio –añadió otro polizonte, como si recitara un mandamiento.

Chain comenzó a reír y dos de sus subordinados agarraron a la mujer de Carnival y a Mallory. Al parecer creían que esta última era de verdad su hija.

–¡Esperad! –gritó Mallory. El pequeño canguro luchaba por salir de su bolso. Lo sujetó con una mano y exclamó–: ¡No somos familia! –Con la mano libre rebuscó en su monedero y sacó un carnet de identidad.

Chain examinó el ojo derecho de la mujer con su cuerno cibernético.

–No pareces judía –observó.

Cuando el poli le devolvió la identificación, Uli atinó a ver el nombre impreso: «Alison Lowenstein: INDEPENDIENTE».

–Chad y su mujer Putera están bajo arresto –anunció Chain–. ¡Los demás, largo de aquí!

–¡Esperad! –gritó Mary.

–Son mis pasajeros –protestó el conductor–. Exijo saber por qué se les arresta.

–Su detector de metales es un rifle. –Chain dio una patada a la base del instrumento y quedó claro que éste escondía el cañón de un arma. Levantó el cubo y añadió–: Y aquí están las balas.

–¿Pero qué narices? –gritó Mary a su esposo.

–¡Papi! –dijo el retrasado, llorando de terror–. ¡Corrección! ¡Howard Beach!

–Lo siento, amor –dijo Carnival a su mujer.

–Éste le acaba de llamar «papi» –señaló uno de los polizontes, agarrando al deficiente por una de sus rollizas extremidades–. Es parte de la familia.

Uli se aferró al otro brazo de Oric.

–Venga ya, es un retrasado, y ya se ve que es mayor que ese tío: ¿cómo coño va a ser su hijo?

Uno de los hombres apoyó el machete contra el cuello de Uli mientras ponía a Oric de cara contra el autobús. Un tercer poli tomó las huellas dactilares de este último y las pasó por un escáner en la guantera del coche. Apenas un momento más tarde informó:

–Está limpio –Y empujó al hijo de Carnival contra Uli.

El conductor hizo ademán de volver al autobús, pero Chain lo detuvo.

–Vamos a confiscar el vehículo.

Antes de que el manco pudiera protestar, Mallory se adelantó.

–Oficial, ¿dónde podemos pagar su fianza?

A modo de respuesta un poli cogió el canguro del bolso de Mallory y lo lanzó a la acera de enfrente antes de volver a ponerla bruscamente contra el autobús.

–Estáis interrumpiendo una vital misión Pute-ra –dijo Uli, mientras le sujetaban el brazo a la espalda–. Trabajo para el presidente del Consejo Municipal, Underwood.

–Sí, claro –dijo Chain con desdén, examinando los ojos de Uli con su aparato–. Ahora mismo me creo que este neoyorquino es uno de los nuestros.

–Pues llama a Underwood. Dile que estás reteniendo al hombre que debe ir andando hasta Sutphin, tomar el Q28 hasta Fulton Street, después el B17 hasta el East Village y después matar a Dropt.

Chain no detectó ninguna mentira, así que volvió al coche. Cogió la radio y llamó. Un minuto más tarde hizo un gesto a Uli para que se acercara y le pasó la radio.

Uli oyó una voz aguda, extrañamente familiar:

–¿Eres tú?

–Sí, señor.

–Repíteme la misión.

–Ir andando hasta Suthpin Boulevard, autobús

Q28 hasta Fulton Street, cambiar al B17 e ir hasta el East Village en Manhattan. Esperar frente a la puerta de Cooper Union a que llegue Dropt. Dispararle en la cabeza. Entonces, en un taxi, volver al aeropuerto...

—¿Y por qué no estás cumpliendo con tu cometido, soldado?

—Estos tíos han secuestrado mi autobús y han arrestado injustamente a dos personas.

—Todo eso me la trae floja. Dime que aún tienes la pistola que te di.

—Sí, señor. Me dirigía a Manhattan cuando secuestraron el autobús...

—Vale, escucha, he recibido una llamada de la lobista rubia. —Uli no tenía ni idea de qué hablaban—. Se está impacientando, así que te ayudará. Ve hasta Jay Street, en el centro de Brooklyn, y reúnete con ella en la parada del autobús.

—Por supuesto, pero este tío gordo y calvo ha arrestado a unos amigos míos...

Stein le quitó la radio de las manos y la apagó de un golpe.

—Piérdete antes de que cambie de opinión.

Uli, el conductor, Mallory y Oric comenzaron a avanzar por la calle. Mallory vio su documento entre los restos del panel solar y se agachó a recogerlo sin perder el paso.

—Si son Puteros —dijo Uli en voz baja—, ¿cómo es que tienen jurisdicción en un barrio Cagao?

—Como están a las órdenes del Consejo Municipal, tienen autoridad en toda la ciudad —explicó Mallory.

Luego de avanzar varias manzanas por la calle cubierta de arena, el conductor se detuvo, miró hacia atrás, donde estaba su autobús, y gruñó. Dos cadáveres colgaban de una farola. Oric echó a correr hacia sus padres muertos y avanzó diez metros antes de que Uli lo detuviera. El retrasado cayó en la arena y rompió a llorar.

Desde lejos, Uli observó a la pareja colgada y soltó:
–Espera, no son ellos.

El conductor se llevó un dedo a los labios, como pidiendo silencio.

–Pero... los que están colgados son negros –protestó Uli–. Los Carnival eran blancos.

–La luz te engaña –dijo Mallory, santiguándose–. Ahora ya han vuelto al antiguo Nueva York.

Puso su documento en manos de Uli para quitarse la camisa y la peluca que había utilizado como disfraz. Se detuvo un momento, se quitó las lentillas y las metió en una cajita de plástico. Después abrazó a Oric y le ayudó a levantarse.

Los cuatro siguieron avanzando por las calles desiertas, dejando atrás los cuerpos colgados. Pronto llegaron a una pequeña plaza y se sentaron a la sombra de una estatua muy parecida a Lenin.

Oric comenzó a balbucear:

–¡No lo vi venir! ¡No lo vi venir! ¡No lo vi...!

–¡No ha sido culpa tuya!

–¡Eran mis hermanos! –replicó, inexplicablemente.

Mallory sostuvo la mano del retrasado, que sollozaba.

–Si todo Queens vota a los Puteros –dijo Uli–, ¿para qué supervisar la elección?

–Tras ocho años en el cargo, Shub se ha ganado la oposición incluso de buena parte de los Puteros más radicales. Joder, el tío tuvo tanto poder que no permitió que ningún otro Putero se presentase a las primarias.

–¿Y qué esperas conseguir?

–Fui nombrada miembro de una comisión bipartidista que envía representantes para vigilar las elecciones en los diferentes colegios electorales. Somos los responsables de asegurar que exista el material de voto necesario. Si garantizamos eso, quizá tengamos una elección a alcalde razonablemente justa, y eso nos dará una oportunidad de echar al muy cabrón.

–¿Sabes algo de ese cabrón de Chain? –preguntó el conductor.

–Sí, le conozco. Me habría reconocido con su instrumento si no me hubiera puesto las lentes de contacto. Hace nueve años, cuando mi marido era alcalde y Horace Shub era el jefe del Consejo Municipal, este cabrón era su jefe de seguridad –explicó Mallo-ry–. Shub acabó despidiéndolo para ganarse a los Cagaos moderados, porque ese tipo es un sádico, eso se sabe. Hace unos cinco años hubo una pequeña revuelta en Park Slope porque los habitantes estaban muy cabreados con las políticas Puteras de Shub. Entonces, Chain fue nombrado supervisor de la seguridad municipal en el centro de Brooklyn.

–¿Según tú, de qué color eran Jim Carnival y su mujer? –preguntó Uli al conductor al cabo de unos minutos.

—Aquí tenemos un dicho —respondió—. No conoces a alguien de verdad hasta que está muerto...

—Y cuando llega ese momento, ¿qué importa ya? —añadió Mallory, sosteniendo la mano de Oric. Se levantaron y continuaron la marcha.

16.02 horas

La limitación intelectual de Oric no se extendía a su capacidad de amar o de sentir pena. El huérfano de los Carnival siguió llorando por sus «hermanos muertos» mientras avanzaban por calles vacías, entre edificios abandonados y ruinosos. Al final de la tarde, tras cruzar una intersección desierta con un cartel que decía «Ditmas Avenue», llegaron al límite de un nuevo barrio que se anunciaba con un rótulo en el que podía leerse: «BEN HUR».

Mientras atravesaban el norte de Bensonhurst, se encontraron con un grupo compuesto por unas doce mujeres mayores, todas con el pelo completamente blanco, y seis tullidos. Estaban trabajando en la calle. Algunos utilizaban palas para excavar, otros habían puesto cartones en el suelo para arrodillarse. Cada persona estaba a un brazo de distancia de la siguiente: formaban una hilera e iban recogiendo arena y poniéndola en carritos, cada uno a su propio ritmo.

—¿Pero qué narices hacen? —pregunto Uli.

—Es por las tormentas de arena —respondió Mallory—. Se producen cuando menos un par cada mes. Los habitantes recogen la arena y luego la devuelven a las autoridades, que les pagan por ello.

Los cuatro refugiados del autobús pasaron cerca de los que estaban recogiendo la gruesa arena marrón.

–Podrían ayudarte tus hijos –sugirió Uli a la mujer que parecía ser la jefa.

–¡Que te den! –soltó ella por toda respuesta.

–¿Nadie te ha hablado de la epidemia? –preguntó el conductor cuando ya estaban a cierta distancia.

–¿Qué epidemia?

–La epidemia de HUEVO –respondió el tipo–. Algo que había en el agua les jodió los bajos a las mujeres.

–Aproximadamente un tercio de las mujeres en edad fértil murieron durante los primeros cinco años –añadió Mallory.

«YA ME DUELE LA MANDÍBULA», anunciaba la camiseta amarillo canario de una mujer con apariencia de prostituta famélica y los labios pintados de un color brillante. Se asomaba por la ventana de su apartamento de New Utrecht Avenue con aire provocativo, aunque era bastante fea.

En una esquina, Uli vio a un tipo escuálido que repetía: «Ce... Che...», y dedujo por su aspecto que traficaba con algo.

–¿Qué dice? –le preguntó al conductor.

–Aquí hay fundamentalmente dos drogas: el choke, que se fuma, y el croac, que se pincha o se traga. Las mafias Puteras controlan el croac porque Underwood lo requisa en el aeropuerto John F. Kennedy.

–¿Y no introducen otras drogas?

–Aparte de los calmantes y las pastillas para dor-

mir, una de las principales es la metadona. Traen un montón.

—¿Y también traen el choke?

—No, el choke se fabrica con plantas locales: marihuana, peyote, cualquier cosa. La producción es cosa de los Cagaos: la fabrican en Hoboken. Tienen plantaciones en las tierras que están al lado de Manhattan y utilizan el río para regar.

Volvió el silencio. Uli percibió un mal olor y advirtió que venía de Oric así que aceleró el paso hasta alcanzar a Mallory. Los otros dos los seguían a cierta distancia.

—¿Te acuerdas del tío ese que nos perseguía en el coche? —preguntó Mallory un rato después.

—Sí, ¿por qué?

—¿Te resultaba familiar?

—Sí, se parecía a Oric.

—Aquella pareja, los Carnival, ¿no eran un poco raros? —preguntó ella.

—Aquí todo me parece raro. ¿Crees que secuestraron a Oric?

—¿A quién se le ocurriría secuestrar a un retrasado? —preguntó ella. Uli se encogió de hombros—. En todo caso, hay un asilo municipal para retrasados en Willowbrook, Staten Island.

—Podríamos dejarlo allí —sugirió Uli.

A lo lejos se oía el ruido de una fiesta. Un grupo de personas se aglutinaba alrededor de una sonora banda en la que dos jóvenes utilizaban unos barreños de plástico como percusión, acompañados por instrumentos de viento y cuerda de fabricación casera. Be-

lísimas mujeres giraban en una especie de danza der- viche seguidas de chicos no menos atractivos. Una manzana más allá, un grupo de viejos fumaba unos ci- garros apuestos alrededor de un barril del que salían llamas verdes. Un vendedor asaba trozos de carne so- bre una pequeña llama. De su carrito, con un cartel que anunciaba «Perritos calientes», surgía un humo aceitoso y pestilente que invadía la manzana. Oric se detuvo ante el puesto de comida.

–Seguidme –dijo el conductor, y los guió hasta una pequeña tienda vacía con una mesa destartalada y una hilera de fogones. En un rincón podía verse una pequeña torre compuesta de viejas cajas de leche. El hombre se acercó al deteriorado mostrador de made- ra donde había una lata llena de cucharas de sopa jun- to a unas servilletas y cuatro botellas de plástico, cada una llena de una pasta de diferente color.

El conductor tomó una de las cajas y la puso en el suelo al lado de la mesa. Todos lo imitaron, cogiendo servilletas y cucharas. Por la puerta de atrás apareció una mujer asiática, menuda y con cara de murciélago, que fumaba una pipa hecha con una mazorca seca.

–Una cartilla de sopa –le dijo el conductor, lev- tando el índice para subrayar sus palabras. Uli com- prendió que sólo había un plato en el menú y que el precio determinaba el tamaño de la porción. La mujer desapareció por una puerta trasera que seguramente daba a la cocina.

Un buen rato después se presentó de nuevo, esta vez luciendo unas manoplas de cocina y llevando una vieja olla llena de agua caliente en la que flotaban ta-

llarines. La depositó con sumo cuidado sobre uno de los fogones y puso debajo una lata metálica llena de un gel que encendió valiéndose de una cerilla. La llama era pequeña pero constante.

Momentos más tarde apareció un chaval: su hijo, llevando una caja de cartón llena de unas verduras más bien mustias y algunos cuchillos romos. Dejó la caja en la mesa, volvió a la otra habitación y reapareció con una bandeja llena de trozos de carne asada que sumergió en el agua hirviente de la olla.

–Aquí la comida no da dolor de tripa –comentó el conductor–, pero te obligan a trabajar un poco. –Como sólo tenía un brazo, pidió a Uli que cortara el apio y las zanahorias; a Mallory que picara la cebolla en dados, y a Oric que se ocupara de la col, la lechuga y la albahaca. Las verduras troceadas fueron a parar a la olla.

El conductor cogió un tarro de salsa roja, y ya se disponía a echarla en el cazo cuando Mallory le advirtió que no le gustaba el picante y sugirió que cada uno sazonara la sopa a su gusto.

–Claro –accedió el conductor, y dejó la salsa.

Cuando la llama de la lata por fin se extinguió, Mallory sirvió unos generosos platos de sopa. Comieron en silencio; el conductor y Oric repitieron. A la hora de pagar, este último y Mallory alegaron que se estaban quedando sin blanca, de manera que pusieron sólo un cuarto de cartilla. Uli puso la media cartilla restante y pagó a la señora. Después, aún cansados, siguieron su camino.

Diez minutos más tarde, cuando el sol comenza-

ba a ponerse, Mallory atisbó la silueta de un hombre muy grueso con una gorra de plato. Se trataba de un inspector de la línea de autobuses. El hombre estaba de pie, como una estatua, ante el único edificio iluminado de toda la calle. Mallory le preguntó cuándo pasaría el siguiente autobús, y el hombre respondió que un vehículo acababa de ser secuestrado.

–Ahorcaron a los pasajeros –dijo el inspector–, así que el servicio se ha suspendido en Brooklyn Sur hasta mañana por la mañana.

–Fue en Borough Park, y sólo colgaron a dos –aclaró el conductor manco–. Era mi autobús.

–Lo siento. No habrá más autobuses ni taxis esta noche –dijo el inspector, inexpresivo–. Les aconsejo que se queden a dormir aquí. –Y señaló con el pulgar un edificio bastante deteriorado cuyo cartel anunciaba: «HOTEL OESTE»–. Les quedan habitaciones, y después de lo que ha pasado seguro que les ofrecen un descuento.

Mallory abrió la marcha y entraron en un vestíbulo mal iluminado y con las paredes desconchadas, donde varias personas de aspecto sospechoso estaban sentadas en cajas, como si fueran setas humanas. Detrás del mostrador, con una estufa de madera al lado, un hombre de ojos saltones con un sombrero hongo escuchaba la radio.

–Media cartilla por noche. Pueden compartir habitación –dijo el recepcionista. Todos comenzaron a rascarse el bolsillo.

–Quiero una habitación tranquila –dijo el conductor, al tiempo que dejaba media cartilla sobre el viejo

mostrador. El recepcionista le entregó una toalla y le indicó dónde estaba el baño.

–Tienen que dejar libres las habitaciones a las nueve en punto de la mañana.

–Hey, chico, ¿roncas? –preguntó el manco, que se había apoyado en el mostrador. Oric negó con la cabeza y se tiró un pedo. El conductor pidió una segunda toalla.

Mallory preguntó educadamente a Uli si disponía de dinero.

–Esto es todo lo que tengo –dijo él, mostrando su última media cartilla.

–Pensaba llegar a casa esta tarde, si no, habría cogido más... Sólo me queda un cuarto de cartilla –explicó ella-. ¿Quieres compartir?

–¿Roncas? ¿Te tiras pedos? –preguntó él, medio en broma.

–Si lo hago, mi marido nunca me lo ha dicho –respondió Mallory-. Pero bueno, él siempre estaba fuera, tirándose a sus ayudantes gordas y púberes.

Uli pagó con su media cartilla.

–Guarda tu dinero –dijo-, y mañana me invitas a un café.

El recepcionista les dio la llave y dos toallas.

Subieron al tercer piso y recorrieron un pasillo, entre golpes rítmicos y muelles que chirriaban, hasta que encontraron su puerta. La habitación tenía una cama antigua y estrecha, con un colchón demasiado blando.

A Uli le dolía todo el cuerpo y no quería dormir en el suelo sucio, sobre todo teniendo en cuenta que

había pagado la habitación. Estaba pensando en proponer a Mallory algún tipo de acuerdo cuando ella se quitó los zapatos, se desabrochó la camisa y le dijo:

–¿Pared o borde?

–Me da igual –respondió él, agradecido.

Ella se quedó en ropa interior y sacudió con la mano la arena que había sobre la cama. Se acostó y se tapó con la sábana. Durante un momento se produjo un silencio incómodo en el que cada uno escuchaba la respiración del otro. Una vez más, Uli intentó recordar algo de su pasado, pero todo lo que acudía a su mente era su mantra de asesino: «*Ir andando hasta Suthpin Boulevard, autobús Q28...*». Le volvía loco.

–Bueno, ¿qué te ha parecido tu primer día en Nevada? –murmuró ella finalmente.

–Carnival y su mujer, o quienes fueran, ¿te parecían negros?

–No, la luz te habrá confundido –respondió ella dando un bostezo.

–¿Cómo pudo ocurrir que un campo de refugiados se transformara en una prisión controlada por bandas?

–Durante el primer año no hacían más que repetir que iban a construir un monorraíl hasta Las Vegas. Joder, incluso se podía llamar por teléfono al mundo exterior. Pero, como vigilaban las llamadas, descubrieron que habían traído aquí por accidente una docena de células terroristas diferentes, aunque no sabían exactamente quiénes eran o dónde estaban. El fiscal general pensó que a esos mosquitos sí que había que matarlos a cañonazos, y ésa fue la lógica que motivó que impidieran cualquier contacto con el mundo

exterior. Argumentaron que era sólo temporal, hasta que descubrieran quiénes eran los terroristas.

–¿Y cómo es que hay médicos, abogados y todo lo demás?

–Voluntarios del Servicio Sustitutorio.

–¿Servicio Sustitutorio?

–El gobierno permitió que los objetores de conciencia sirvieran aquí en lugar de ir a Vietnam.

Uli se fue tranquilizando y empezó a bostezar. Diez minutos más tarde ambos estaban profundamente dormidos.

Desnuda, la extraña mujer se apretaba contra el cuerpo desnudo de él, tan fuerte que ella dejó de temblar de frío y comenzó a sudar. Era muy bella. Él se dio cuenta de que le gustaba, pero ella se resistía a la intimidad. Cerca de ella, se sintió locamente atraído. En la oscuridad podían ver extraños animales salvajes. No sabía muy bien qué hacían esos animales ahí, pero mientras los miraba, notó que perdía el control y comenzó a acariciar a aquella mujer bellísima.

Al despertar, Uli descubrió que había pasado a las distancias cortas, aunque Mallory ciertamente no era la mujer con quien había estado soñando. Ella aún dormía, y él estaba agarrado a sus caderas y había empezado a frotarse contra ella.

–¡Dios mío! –exclamó Mallory. Antes de que Uli acertase a disculparse, lo agarró por el culo y lo atrajó hacia sí clavándole las uñas. Volvió la cabeza y sus labios se encontraron. Le metió la lengua en la boca. Él le desabrochó el sujetador y ella le quitó la ropa interior, momentos antes de desprenderse de la suya.

–No... No quiero dejarte embarazada –dijo Uli, pues sabía que eso podía significar una sentencia de muerte en ese extraño lugar.

–Hace mucho que me sometí a una ligadura de trompas.

Se pasaron la siguiente hora follando. Uli no recordaba haberse acostado antes con nadie, pero le parecía que había algo increíble en esa mujer. Finalmente, al unísono, estallaron en un orgasmo estremecedor. Uli sabía que ésta no podía haber sido la primera vez para él, pero le resultaba difícil imaginar una experiencia más intensa y plena. Abrazados, se durmieron.